

André Glucksmann
LOS DOS CAMINOS
DE LA FILOSOFÍA

Traducción de Nuria Viver Barri

Colección dirigida por Josep Ramoneda
con la colaboración de Judit Carrera

82
ENSAYO
TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Les deux chemins de la philosophie*

1.ª edición: abril de 2010

© Plon, 2009

© de la traducción: Nuria Viver Barri, 2010
Diseño de la colección: Estudio Úbeda
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Cesare Cantù, 8 - 08023 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-8383-233-2
Depósito legal: B. 9.267-2010
Fotocomposición: Foinsa-Edifilm, S.L.
Impresión: Reinbook Imprès, S.L.
Encuadernación: Reinbook
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Apostilla sobre el uso de la palabra filosofía	7
Primera parte: Elementos para un manifiesto socrático	
1. Confesiones de un filósofo de las calles . . .	11
2. La falta de arrepentimiento de Martin Heidegger	32
3. El soliloquio del portaplumas	58
Segunda parte: Los cuatro retos	
4. Pensar libremente	75
5. Aprender a morir	115
6. Aprender a amar	144
7. Querer sobrevivir	184
Tercera parte: La divina ironía	
8. Eros ironista	223
9. El Dios de la filosofía	234
Posfacio	243
Apéndice	
Notas	249

Apostilla sobre el uso de la palabra filosofía

Hace cerca de medio siglo, iniciar estudios de filosofía en la Sorbona servía para conseguir grandes cosas, a condición de que se cambiara de camino. Esta disciplina incierta y blanda no tenía buena prensa, se preferían las ciencias «duras», exactas, precisas. Una vez realizado el curso universitario tradicional, era conveniente tocarse con un gorro de experto: lingüista, etnólogo, matemático, estructuralista, epistemólogo, psicoanalista o, si no había más remedio, sociólogo. Hoy, el giro parece completo, la etiqueta «filósofo» realza como una distinción exquisita la materia bruta de nuestras actividades prosaicas; ¿acaso no preguntamos con respeto sobre la «filosofía» de una campaña electoral o de una reforma del calendario escolar?

¿Se trata de un simple efecto de moda tan volátil como el ciclo alterno de falda corta y vestido largo? Este libro se inclina más bien a apostar por un cambio de época. Ayer, tanto la ciencia rigurosa como las revoluciones radicales ofrecían un punto de vista exterior y dominante sobre el curso habitual de las cosas y los acontecimientos. Hoy, nuestro universo ya no tiene exterior, nuestros científicismos y sus inalterables determinismos suenan anacrónicos, mientras que el revolucionarismo no consigue implantar, como en 1930, un espejismo creíble de socialismo (nacional o internacional) frente a la

nueva crisis mundial del capitalismo. Estamos hartos de Catay, eldorados rojos o exóticas antípodas. La existencia planetaria ya no se deja examinar y calibrar desde otra parte privilegiada; China o Brasil, convertidos en partes interesadas y activas de nuestro entorno, participan en su suerte. La humanidad está encerrada en sí misma, no hay ninguna posibilidad de salir de ella sobrevolándola por completo. ¿Es conveniente ceder al qué dirán que hay en el ambiente? Quien se niega se encuentra con la filosofía, oposición interior al reino de la opinión. Parece el momento adecuado para reconciliarse con el imposible señor Sócrates.

1

Confesiones de un filósofo de las calles

Aunque me dan por muerto hace dos milenios y medio, aceptad que vuelva a tomar la palabra a través de un tercero. Mi portaplumas, el pobre, se verá acusado de abuso de confianza al querer aliñar sus ensaladas con un nombre que todavía se considera prestigioso. Que se consuele, no he dejado ningún escrito, ni una grabación, por supuesto, que cada uno se talle un Sócrates a su medida o a su desmedida. Confieso que estos embrollos me proporcionan un vivo placer.

Ya en vida, obligaba a mis interlocutores a volverse hacia sí mismos («conócete a ti mismo») y a expresar sus convicciones más ancladas, a menudo las mejor disimuladas. Según todas las probabilidades, heredé este talento de mi madre comadrona. En ultratumba, mis volteretas se extienden hasta el infinito, y cada uno puede disponer de un Sócrates a su imagen. Prueba de que mi famosa «mayéutica», ese arte de hacer dar a luz a las mentes, funciona *post mortem*. Vuestros austeros historiadores de las ideas han intentado a cualquier precio hacer caso omiso de la contradicción de los testimonios y la multiplicación de las interpretaciones para fijar al «verdadero» Sócrates, un Sócrates tal que el examen «objetivo» de mis hechos y gestas pueda calificar. ¡Muy mal! Forzoso es constatar que vuestros expertos no se han entendido mejor que mis contemporáneos para plasmar

mi retrato, porque como «un duque de Guisa que a guisa de disfraz usa un farol de gas», me escurro entre los dedos de cualquiera que quiera hacerme una ficha de identidad.

Sin embargo, no he ocultado nada. Mi estado civil es de dominio público, pero no esclarece en absoluto los misterios de una influencia de varios milenios. Nací hacia el año 469 a.C. y fallecí a los setenta años, hacia 399. Mi padre era escultor o tallador de piedra. Mi madre, comadrona. Yo, ciudadano de Atenas, humilde pero no desharrapado, hice el servicio militar como hoplita, así que tenía la posibilidad material de pagarme el equipo. Tuve dos hijos de mi esposa Jantipa, famosa por su carácter desabrido. A lo largo de mi vida, recorrí la ciudad, platicando, interpelando a jóvenes y viejos, interrogando libremente tanto a los grandes personajes como a los brutos, cultivando furiosamente una virtud de las más extendidas entre nosotros, la «*parresía*», un gusto por la franqueza, sin prohibiciones ni tabúes, compartido por el conjunto de mis conciudadanos. Adquirí cierta notoriedad llevando este talento al extremo.¹

En 423, cuando ya tenía más de cuarenta años, fui estigmatizado por el más grande de nuestros autores cómicos; Aristófanes, el tacaño, me representaba como educador perverso, sin fe ni ley, vertiendo la hiel de la mordacidad en la cabeza de las jóvenes generaciones. A decir verdad, el inventor de la comedia antigua exageraba para poner de su lado a los burlones. En realidad, un círculo de amigos apreciaba la discusión y saboreaba mis provocaciones; entre ellos, se encontraban muchos adolescentes bien nacidos y afortunados, todos con fructuosas carreras, como Platón. Este último acababa de festejar sus veinte años cuando, en 408, nos encontramos por primera vez. Desde entonces, no me abandonó

y, después de mi muerte, dedicó su obra, sus famosos «diálogos», a poner en escena mi humilde persona para la eternidad. Menos íntimo, pero también muy favorable, Jenofonte manchó muchas páginas para la defensa y la ilustración de mi memoria, al menos la que se forjó retrospectivamente de un personaje respetable, aureolado con todas las sabidurías, en el que no estoy obligado a reconocerme.

El brillante colofón de mi existencia fue mi muerte; un proceso público, una condena a la pena capital por «corrupción» de la juventud y una partida tranquila a los infiernos, después de la ingestión *voluntaria* (insisto) de la irremediable cicuta. Sin estos últimos instantes, que trastornaron a mis amigos y dividieron a la elite de los ciudadanos, muy probablemente me habrían olvidado deprisa, porque no era el único de mis compatriotas que no tenía pelos en la lengua. Después de mi ejecución (para mi mayor gloria), empezaron a florecer los «*lógoi sokratikoí*», pequeños teatros callejeros que relataban las tribulaciones de energúmenos insolentes y patanes chiflados; estos guiñoles fisgones, todos llamados «Sócrates», pillaban a los transeúntes en las vías públicas, increpando aquí y allá sin pudor ni contención. Los cínicos antiguos y los monjes mendicantes de la Europa cristiana prolongaron la perpetuidad de una mala fe occidental. Mi originalidad entre los innumerables malcriados que quitan valor a nuestra historia se debe a esta muerte, de la que estoy más que orgulloso de haber provocado deliberadamente.

Pensad más bien si, sin semejante puesta de sol filosófica, se vaticinaría con estupefacción: ¿era bueno?, ¿era malo?, ¿valerosamente libre o peligrosamente licenciado?, ¿destructor o constructor de futuro? Este tipo de preguntas sólo adquieren relieve y agudeza si se plantean a

vida o muerte en el horizonte de mi desaparición. El desenlace fatal prohíbe que se pase de largo caballerosamente sobre las interrogaciones con las que, a lo largo de medio siglo, abrumé y seguramente importuné a la capital de Grecia. No se detuvieron en mi persona (¿soy bueno?), repercutieron sobre mis contemporáneos y rebotan en vosotros, hombres del futuro. ¿Quiénes sois?, ¿valerosos o cobardes?, ¿lúcidos o inconscientes? ¿A qué llamáis bueno, malo, justo, injusto, verdadero o falso? ¿Tuvieron razón o se equivocaron los atenienses al condenarme a la pena capital? O también: la filosofía, tal y como yo la he practicado, ¿vale tanto como para dar la vida por ella? Era necesario que mi partida fuera trágica para que mis vagabundeos anteriores no se tomaran a la ligera y se tiraran a la basura del raciocinio. Es necesario que vosotros, interlocutores de ayer y de hoy, os preguntéis si de mi muerte no fuisteis y sois parte interesada.

Además, no intenté nada para edulcorar el rigor del veredicto. Durante el proceso, habría podido abogar circunstancias atenuantes, invocar el caos muy real y los trastornos intelectuales generados por «la mayor de las guerras» (Tucídides). ¿Quién podía, sin fanfarronería, mostrarse honrado y alardear de no haber tropezado nunca ni errado durante los veintisiete años de un conflicto apocalíptico? No obstante, lejos de convocar en mi ayuda explicaciones apaciguadoras, atacué. Recusé en bloque todos los cargos: ¡no!, no he introducido nuevos dioses; ¡sí!, respeto a los de la ciudad; ¡no!, no he corrompido a la juventud; ¡sí!, la he mantenido despierta. ¡Malditos matices y faltas de compromiso! Del principio al final de las sesiones públicas, provoqué a jueces y acusadores, me negué a negociar cualquier disminución de la pena incurrida. ¡Reclamaban la muerte y consiguieron la muerte! En espera del veneno letal, rechacé las seductoras

ofertas de evasión, ante la sospecha de que poner pies en polvorosa habría suscitado un vil alivio entre los rapsodas de la acusación. Mis allegados me creyeron un loco suicida, pero sólo fui lógico. Si hubiera cedido a sus amistosas presiones, habría participado en la conjuración del silencio.

Mi acusador n.º 1, el rico Ánito, jefe del partido demócrata en el poder desde la derrota de Atenas por Esparta, quería ajustar a mi costa las cuentas no saldadas a los «oligarcas» que, poco antes, sujetaban con firmeza las riendas de una tiranía injusta y sanguinaria. Ánito pretendía incluirme costara lo que costase en este campo deshonoroso; ¿acaso Critias y otros arribistas, mucho antes de sobresalir en el arte del despotismo, no se habían contado entre mis numerosos zelotes en tiempos de su juventud alocada? No se necesitaba más para llegar a la conclusión de que, si estos malos individuos se habían deslizado hacia la corrupción y la tiranía, era a causa de la educación, por haber sufrido durante su adolescencia los maleficios de mi magisterio.

Sin embargo, os aseguro que de ninguna manera estuve metido en la dictadura de «los Treinta», muy al contrario, recusé sus exageradas directrices. Poco importaba, Ánito tenía entre sus manos a la eminencia gris de aquel periodo negro y no la iba a soltar. Seguid el hilo de este sombrío asunto en la *Apología* de Jenofonte, que me describió como víctima expiatoria encargada de saciar una sed de venganza mal dirigida. Chivo expiatorio por elección, antigua prefiguración de aquellas desgraciadas rapadas en las plazas públicas francesas por resistentes de última hora, dudosos personajes que presumían de héroes al linchar a muchachas indefensas. Como acostumbra, Jenofonte simplifica abusivamente y su guión político oculta otro.

¿Por qué Ánito se andaba con rodeos? Mala fe por mala fe, ¿por qué, amparado en su poder, no se atrevió a acusarme categóricamente de colaboración con las oligarquías vencidas? ¿Por qué esgrimir cargos tan vagos, tan abstractos, tan teológicos, tan poco firmes? En la muy tolerante Atenas, los procesos por impiedad eran raros y rarísima la ejecución de las penas con las que supuestamente concluían. ¿Una inculpación decididamente política? No podía permitírsela. En el año 403, se decretó una ley de amnistía y de concordia que prohibía evocar retrospectivamente la guerra civil que había dividido dolorosamente a los ciudadanos. Durante unos años, el mutismo era oportuno: paz pública = amnistía general = amnesia oficial y obligatoria. Si Ánito se lanzaba, con la cabeza baja, a un proceso por colusión con la dictadura, transgredía la ley. Por lo tanto, se limitó a una acusación moral y religiosa, a mil leguas de los agravios prosaicos que soñaba con invocar y conservar ante sí. Se nadaba en lo no dicho, ahogándose en la hipocresía.

Por mi parte, yo me abstuve de evocar los ajustes de cuentas históricos y políticos subyacentes, el reto de mi demostración me parecía mucho más importante. Mientras la ciudad se sumergía en su ley del silencio, yo me consideraba en todo y por todo culpable de haber hablado demasiado, preguntado demasiado, cuestionado demasiado y, al final, acusado de blasfemo, de corrupción mental y de imprecaciones inmorales. Lo cual me sentaba de maravilla. Antifón, uno de esos maestros en sabiduría, monos pedantes que pronto serían llamados «sofistas» (los que lo saben todo), me apostrofó sin andarse con paños calientes: «¡Considérate como un maestro de desgracia!». Formulaba claramente la repulsión más o menos consciente que atizaba las acusaciones apresura-

das de Ánito y asesores. Los argumentos políticos vegetaron así entre bastidores.

La acusación era cada vez más luminosa; yo ponía enfermos a los poderosos, a todos los poderosos, tanto si eran «demócratas» como «oligarcas», de izquierdas o de derechas, como diríais vosotros. Yo los avergonzaba, avergonzaba a las mentes biempensantes, a las almas infladas de certezas, a los conformistas de toda índole a los que una reflexión solitaria inquieta lejos de las consagraciones mayoritarias. Yo era ese pelo que raspa las unanimidades malsanas, el grano de arena del que vuestro Solzhenitsyn afirma que puede pegarse a los consensos intelectuales mejor engrasados y detener las máquinas dictatoriales consideradas inviolables.

Esperaban hacerme callar de una vez por todas, eliminarme de la vida pública, borrarne de las mentes y de las memorias. Poco importaba que fuera exiliándome o mandándome *ad patres*, el objetivo era convertirme en inaudible, expulsado para siempre. ¡Jaque mate! Me las arreglé para que no fuera así. Legué una muerte meditada y elegida para el buen recuerdo de algunos amigos escandalizados y otros más anónimos, hastiados al descubrir de repente la pulsión mortífera que hervía bajo una ciudad de tan buen humor presa de una *omerta* tan democrática. Último regalo a mi buena ciudad de Atenas: al negarme a huir, al someterme al veredicto, di la lata, incordí, alteré, una inefable última vez, su reposo animal. Ésta es la vocación de Sócrates según Platón, yo despierto «como un tábano estimularía a un caballo grande y de buena raza, pero un poco fofo a causa de su tamaño y al que hay que excitar». ¡Atención, doy picotazos y mi última picada es la buena!

Mientras Antifón me pone en la picota como «pedagogo de infortunio», yo estoy en la gloria, saboreo la si-

tuación. ¡Oh, Agamenón!, almirante perdido de los navíos envascados ante Troya, te veo agonizar por las injurias del adivino Calcas. «¡Silencio!», gritaste, cual animal lleno de rabia, «¡silencio!, ¡profeta del infortunio!». El desprecio del rey de los aqueos tampoco soportaba las malas noticias y los sombríos presagios. Los antiguos griegos, como vosotros, se inclinan al eufemismo; no conviene evocar el mal y sobre todo no hablar mal del mal. Aquel (o aquella) que se arriesga a prever el soplo de las catástrofes o predecir su eventualidad no es ni apreciado ni escuchado. Casandra predica en el desierto. Quien se atreve a denunciar la podredumbre, la corrosión y la corrupción no tiene buena prensa. Cuando Tiresias escruta la peste que se apodera de Tebas, el rey Edipo lo acusa de complot. En cambio, la Civilización –con ce mayúscula– se permite vengar a las Antígonas que defienden lo contrario de las euforias ambientales. Ésta es la línea que yo reivindicó. Pasa por Rabelais, Montaigne, Shakespeare y Pushkin.

En vuestras prósperas democracias, ¿acaso no habéis conocido escritores lo suficientemente groseros para lanzar intempestivos «yo acuso» y otros ciudadanos de este estilo dispuestos a rebatir anomalías e injusticias? Sí, yo creé la sorpresa. Al tomar el relevo de los adivinos y los inspirados de mal augurio, fui en cierta manera el primer «intelectual» laico, hurgamierdas, o, más exactamente, hurgacerebros, probé con mis interlocutores ocasionales nuestra capacidad común de hablar con verdad o con falsedad, de pensar lo justo o delirar, de generar ilusión, incluso a uno mismo, o iniciar una búsqueda sin prevención ni precipitación.

No olvidéis que, en lo esencial, mi existencia pública, durante los tres decenios que precedieron a mi condena, se desarrolló en una capital, Atenas, agitada por crisis

permanentes. Al inicio, reina del mundo, de nuestro mundo griego. Al final, sólo una miserable aldea devastada probablemente para siempre. Los encuentros que provoqué y las discusiones que encendí en el ágora no gozaban de la serenidad que impregna vuestros coloquios eruditos. Tampoco tenían nada que ver con la rutilante y olímpica escuela de Atenas pintada por Rafael en las paredes del Vaticano. La urgencia atormentaba. Cada día se anunciaba decisivo. Conversábamos cerca del precipicio. Cuando Platón antedató los «diálogos» en los que me instituyó como héroe, eligió deliberadamente retroproyectar mi personaje a una época ficticia y pacífica, en la que la guerra del Peloponeso (todavía) no había tenido lugar. De esta manera, entregaba sus «informes» pseudorretrospectivos a lectores expertos que sabían pertinentemente que el desastre que seguiría ya se había producido. Implícitamente, le preguntaba a ese Sócrates fantaseado si los estragos de la guerra habrían podido evitarse.

El afable Platón me invitaba, pues, a responder a preguntas que no planteaba, por lo evidentes que parecían a sus contemporáneos. La angustia, que nos oprimía a todos, corre un gran riesgo de que se os escape a varios milenios de distancia. ¿Había que conquistar Sicilia o no? ¿Creíamos posible la coexistencia pacífica con Esparta y sus aliados? ¿Debíamos castigar a Mitilene y destruir Melos? ¿La guerra civil era evitable? Los expertos hablaban, discutían, disputaban, se excomulgaban. La ciudad entera vacilaba y se desgarraba, aunque prestaba un oído inquieto y atento a mis pobres investigaciones, ante la sospecha de que las interrogaciones filosóficas no eran menos urgentes que los debates políticos en los que yo no participaba demasiado. En efecto, cultivaba la curiosa sensación de que las innumerables crisis que nos

atacaban, estratégicas, diplomáticas, financieras e institucionales, manifestaban más secretamente una crisis de las crisis que redoblaba sus efectos nocivos.

A veces, la conmoción fundamental asciende a la superficie, como un maremoto espiritual en el que implosionan referencias, tradiciones y respetos para dar libre curso a las miasmas de lo que llamábamos la peste. Mi trabajo consistía en acosar sin desfallecer los pormenores de estos excesos. Lejos de considerar que iban y venían al azar de las circunstancias, me preguntaba sobre ese «algo podrido», ese algo pestífero que atormenta, desde el origen, a las ciudades antiguas tanto como al reino de Dinamarca según Shakespeare. Como Hamlet, el hombre griego es un ser-en-crisis.

Las preguntas que agujijoneaban al amable Platón podían resumirse así: ¿cómo resistir a la peste?, ¿cómo no perder pie en la inversión de todos los valores? Su respuesta: Sócrates. Me siento muy honrado, con el matiz de que yo no soy una respuesta, sino un método. El testimonio del propio Platón muestra lo suficiente que nunca salgo de la pregunta, la prolongo, vivo en ella sin pánico ni ilusión. Éste es mi hallazgo para resistir a la peste.

Más que el síntoma de un simple desorden, aunque sea mental, comprended en nuestra palabra «crisis» (*kri-sis*) un juicio (*krínein*), una decisión, o mejor todavía una separación. Cualquier juicio distingue. Separar se dice en mi lengua *diakrínein*, «producir una crisis». Para nosotros, griegos de origen, la primera, la insuperable crisis fue la que separó a los hombres de los dioses. Cuando defino la filosofía no como sabiduría sino como búsqueda de la sabiduría, señalo de inmediato que la filosofía está prohibida a los dioses, los cuales no podrían buscar lo que de entrada se supone que poseen.

Los dioses quizá sean sabios, pero nunca filósofos. Homero, el poeta «que dio sus dioses a Grecia», distinguía el lenguaje de los celestiales del lenguaje de los terrenales. Después de él, Hesiodo zanjó la cuestión. Contó que fue en Mecona donde tuvo lugar la ruptura que puso fin a los tiempos benditos en que humanos y divinos presidían los mismos banquetes. En este lugar mítico, con los consejos de un semidiós, no menos mítico, el famoso Prometeo, los hombres ofrecieron a los dioses sólo el humo de un asado y se guardaron para ellos los sabrosos pedazos del pernil. Zeus, con fingida cólera, les pagó con la misma moneda y les prohibió el uso del fuego. Prometeo no se reconoció vencido y ocultó una valiosa brasa, que confió en el acto a los humanos. ¡Se acabó la comensalía! La ruptura era irremediable. El ladrón del fuego pronto fue castigado, encadenado para la eternidad a la roca caucásica, un águila le roía el hígado, mientras que el género humano se descubría hasta el final de los tiempos expuesto a la enfermedad y a la muerte por medio de Pandora (primera mujer, pero último regalo envenenado que descendió del cielo). Así se divorciaron existencia divina y condición humana.

¡Pobres hermanos en humanidad! Era de prever, la tentación de «hacer de dios» resultaba demasiado aguda. Perduró entre nosotros, los antiguos, como entre vosotros, los modernos. La efigie del pastor supremo que cuidaba a los mortales como el ovejero a sus ovejas alimentó los fantasmas de bucólicas Arcadias, la nostalgia de las edades de oro perdidas y los sueños de rediles ecológicos en los cerebros de las Marías Antonietas de todos los tiempos. Eso no impide que el pensamiento empiece cuando estos ensueños provocativos se deshogan. En el mito de *El político*, Platón excava a su vez esta cisura sin posible remisión. La crisis de las crisis, dice,

separa dos épocas del mundo, la de Cronos y la de Zeus. Aquella en que lo divino «arrodrigona y regenta» a la humanidad. Y aquella en que le da la espalda para abandonarla a sí misma. *Exit* del «pastor divino». Reyes, políticos y simples ciudadanos están en el mismo caso, en una tierra separada del cielo.

Es decir, que la crisis, según yo, Sócrates, no está «en» el tiempo, es el propio tiempo. Los bienintencionados tranquilizan a los parroquianos murmurando «la crisis está detrás de nosotros». Una crisis, ¡sí!, estoy de acuerdo, y es deseable, puede encontrar una salida (*poros*). Sólo que la humanidad salta de una crisis a otra. Ésta es su permanencia. El hombre pasa de una situación provisionalmente sin salida, de una «aporía» (*a*, prefijo privativo, designa una ausencia de *poros*, «salida»), a otra, sin puerta de salida definitiva. Así navega la humanidad. Así trabaja el pensamiento. Cuando plantea preguntas que considera fundamentales, se mantiene «siempre en aporía». Testigo, la primera preocupación de los «buscadores de sabiduría», según Aristóteles, «esta pregunta que es un objeto pasado, presente y eterno de búsqueda y de dificultad [aporía]: ¿qué es el ser?». ² ¡He aquí mi estocada secreta! Desequilibrar al interlocutor para llevarlo al final del duelo a contradecirse, arrinconado en *aporía*, obligado a reconocer que es capaz a su pesar de afirmar blanco y negro al mismo tiempo. Sólo lo consigo desatando, sin pudor ni contención, los nudos a los que fijaba nuestra búsqueda común. Común a condición de sumergirme yo mismo en aporía.

El ingenioso Aristófanes me lanzaba pullas con la pinta chistosa de un acróbata trincando a los discípulos desde lo alto de una percha ridícula. Yo gesticulo en una cesta de mimbre suspendida entre cielo y tierra. ¡No está mal visto! Los filósofos de mi especie ni tocan tierra

ni planean por los cielos. Son de un extremo al otro curiosos mamíferos en crisis que se alojan en la aporía. Y vuestro austero Kant también «aristofaniza»: «La filosofía está colocada en una situación crítica; es necesario que encuentre una posición firme sin tener puntos de fijación o puntos de apoyo ni en el cielo ni en la tierra...». Confieso que me reconozco en esta exigencia de una «filosofía guardiana de sus propias leyes», liberada de los prejuicios arcaicos y poco inclinada a los sueños visionarios.

Mis compatriotas me han encontrado extraño, sorprendente, chocante, e incluso excéntrico. En griego, decimos «atópico» (*a-topos*: «sin lugar»). Vosotros decís: «desarraigado». Atópico se opone también a utópico. Si no apelo a un pasado inmemorial, ya no ansío los embarques para Citerea. Platón, mi principal testigo *post mortem*, a pesar de sus nostalgias personales por un cosmos bello, bueno y protector, no me atribuye ningún humor trascendente. ¿Acaso no he manifestado sin cesar una extrema reserva en cuanto a lo que ocurre más allá de la muerte, o fuera del mundo habitado? Montaigne me felicita por ello: «Fue él», dice refiriéndose a mí, «quien se trajo del cielo, donde perdía el tiempo, la sabiduría humana para entregarla al hombre, que la tiene como su más justa y su más laboriosa tarea, y la más útil». Soy extraño pero familiar, y paradójicamente pensador extraño porque es familiar. Excepcional a los ojos de la gente culta, puesto que nunca hago gala de la pretensión a la excepción. Soy ese humilde «bípedo sin plumas», del que habla Diógenes el cínico, presa de la circulación embrollada de las cosas ordinarias. Al coronarme como «el maestro de los maestros» justamente porque me niego a darme importancia como un maestro, el inigualable autor de los *Ensayos* concluye:

Buscamos otras condiciones, por no comprender el empleo de las nuestras, y salimos fuera de nosotros, por ignorar lo que dentro pasa. Inútil es que montemos en zancos, pues aun así tenemos que servirnos de nuestras piernas; y aun puestos en el más elevado trono de este mundo, menester es que nos sentemos sobre nuestro trasero.

Soy una leyenda. Quizás incluso el único mito original y persistente que Occidente ha sacado de sus profundidades. Los esforzados guerreros –Aguiles, el mejor de los aqueos– pueblan los cuentos del planeta; y de forma similar los héroes de la astucia, Ulises y su caballo de madera o Loge el escandinavo wagneriano encuentran hermanos en el cruce de todos los caminos, de todos los tiempos y bajo todos los climas. Yo, Sócrates, soy la excepción. Como si se necesitara un último mito para liberar a la humanidad de la influencia mitológica, en la que mortales e inmortales comparten las mismas mesas, se emparejan en las mismas camas, se retan, se burlan y se traicionan. Yo, Sócrates, soy un corte. Después de mí, el lenguaje de los dioses y el lenguaje de los hombres rompen el contacto.

Aterrorizado de que pudieran designarme como «el más sabio de los hombres», me negaba bajo palabra a creer al oráculo de Delfos. Cuando mi amigo Querofonte se permitía la pregunta «¿qué griego es más sabio que Sócrates?», el dios respondía: «Nadie es más sabio que Sócrates». ¡Se dice pronto! Cualquiera respuesta oracular es enigmática. Yo me hacía preguntas sin la piedad requerida: ¿qué significa? Puse a prueba el mensaje de Apolo y testé a todo el mundo, a mí incluido, sobre las sabidurías en curso. Os confieso, pues, que semejante investigación sobre la revelación del oráculo eliminó cualquier

revelación; la decisión ahora corresponde a los discursos de los «hombres puramente hombres», como Descartes reitera dos milenios más tarde. ¡Oh escándalo! Concluyo de ello que los mensajes divinos, los mortales, a solas, los convierten en su asunto exclusivo.

Mi lado ovni «atópico», sin lugar, desarraigado, no era evidente ni en mi país ni en mi época. Oficialmente, bajo los auspicios de un chauvinismo parroquial de los más comunes, mis queridos compatriotas cultivaban el orgullo sobredimensionado de considerarse «autóctonos». Cada ciudad griega se reivindicaba como incomparable a las demás. Cada una descendía de un acto celestial con aromas específicos que la elevaban lejos por encima de sus rivales. Todas, a su manera, salían únicas del muslo de Júpiter (¡perdón, Zeus!). Semejante presunción no puede sorprenderos. Los nacionalismos europeos del siglo XIX, los integrismos totalitarios, con o sin dios, del XX y del XXI os han iniciado en las derivas patológicas del deseo identitario de formar cuerpo. Debéis saber que nuestras uniones sagradas no fueron menos belicosas y tóxicas que las vuestras. No tuvimos necesidad de un Barrès para cultivar unas «raíces». Ni de un Pétain para santificar «la tierra y los muertos». Al denigrar la sed de una fijación incondicional en el culto a los ancestros, pareció que yo insultaba los orígenes y merecía castigo. No obstante, si bien la pena capital eternizó mis subversiones, no os equivoquéis, no era evidente, mi falta de respeto sistemático había sido aceptada durante mucho tiempo y a menudo bien recibida. Setenta años de vida están ahí para demostrarlo; Atenas escapó durante mi vida a la descerebración integrista.

Es cierto que la gente de mi país se mostraba muy aficionada a oraciones fúnebres, rivalizando en declamaciones atronadoras para halagar a la ciudad de Ate-

nea, «a ella su propio origen y su propio principio».³ Estas reverencias «autóctonas», tan bien ancladas, tan aclamadas y tan idólatras, eran frágiles y las raíces milagrosamente desplazables cuando las pletóricas tropas persas irrumpieron en la ciudad. La población ateniense encontró su salvación en una resolución contra natura. Abandonando campos, casas, altares, templos, tumbas y necrópolis, dejando la tierra firme de los antepasados, partió a jugarse el todo por el todo en el mar. Buena idea. Semejante capacidad de desencantar memorables amarras para lanzarse a lo incierto y afrontar lo desconocido fue lo que forjó su gloria, la de la audacia intelectual, política y estratégica de consentir por su cuenta y riesgo, cuando fue necesario, levar el ancla.

Esta «extrañeza» que me atribuyen no es en absoluto extraña a la elección de mi querida ciudad, siempre dispuesta a los trastornos y los cambios de rumbo. Porque, aunque le pese a la «autoctonía» mítica que fantaseaba, Atenas nació de una unión heteróclita de piratas y bandoleros, originarios de ninguna parte, que encallaron allí por casualidad, a capricho de los vientos y los infortunios. ¡Esta hermandad sin ley fue lo que terminó, a fuerza de perseverancia y de genio, por asentarse en la capital del mundo civilizado! Ésta es la genealogía desmitificada que propuso el gran Tucídides, el primer historiador ateniense y mi hermano mayor por poco. Como vuestros Estados Unidos de América, la Atenas original, cuyo cuadro traza Tucídides, habría podido convertirse en un remanso de inmigrantes.⁴ Más tarde, extraviada en la pasión identitaria, cogida en la trampa de unas raíces tan prestigiosas como imaginarias, se prohibió, para su desgracia y su pérdida, abrirse a los metecos y a los mestizos, que quedaron excluidos de la ciudadanía. Ningún Obama se estableció en la acrópolis. Pero Tucídides había

opuesto dos modelos teóricos, válidos por los siglos de los siglos: por un lado Esparta, imperio terrestre, cerrado, incrustado en su territorio, perseverante bajo el sol inmutable de costumbres inmóviles; por el otro Atenas, ciudad barrida por los vientos del mar, imperio marítimo destinado a la innovación perpetua.

Vuestra modernidad, al encontrarse ante la alternativa de Tucídides, tuvo que enfrentarse al reto de Esparta para resistir al absolutismo de raíces reivindicadas, esta vez, por potencias telúricas de magnitud continental. Frente a la Europa conquistada por la Alemania nazi y al Asia bajo dominio comunista, se afirmó a la manera ateniense una civilización transatlántica y después transcontinental, marítima y aérea, destinada a la libre circulación. Estuvo mucho tiempo bajo gobierno anglosajón. Hace dos mil quinientos años vivimos, durante un periodo infinitamente más breve, una aventura semejante. Se convirtió en desastre. La guerra del Peloponeso fue nuestra tumba. Cuando fallecí, yo, Sócrates, para renacer como ficción en los *Diálogos* de Platón, el círculo se cerró. Ocurrió lo peor. El retorno al arraigo terco predominó sobre la audacia general del desarraigo. Sólo sobrevivió el espíritu del esplendor de antaño, que justo empezábamos a llamar «filosofía», esta libertad de pensar que Grecia lega al mundo.

No solamente dudo, sino que arrastro a los demás a dudar de sí mismos. Y a dudar de mí. El doctor Zopiro era un fisiognomista famoso, vosotros diríais un psicólogo diplomado. Un día, quiso examinar mi anatomía delante de un amplio público. Me presté al juego. Me observó detenida y largamente, y descifró entre la frente y el mentón una sarta de vicios ocultos cuyas señales infamantes manifestaba mi triste figura a sus ojos sabios y perspicaces. Por el contrario, persuadida de mi «gran sa-

biduría», la asistencia reventó de risa, de tan demencial como le pareció la diferencia entre lo que creía saber de mí y el diagnóstico encendido del pedante. Contra todo lo esperado y para desesperación de los que se reían, lejos de sublevarme y de rebatir sus insultantes conclusiones, salvé la cara del experto en malformaciones mentales confesando públicamente ser portador, en efecto, de todas las abominaciones y funestas pulsiones que enumeraba al escrutar mi cara. Después confesé al público estupefacto que me había escapado por los pelos con la ayuda del «conocimiento de uno mismo». ⁵ Seamos precisos, al seguir la ley délfica del «conócete a ti mismo», no invitaba a ningún narcisismo. Más bien lo aceptaba como un precepto médico: conoce tus enfermedades, de lo contrario no tendrás salud.

Cuando llegó el día de mi ejecución, ¿por qué me quedé allí plantado, tranquilo como el Bautista, en espera del veneno? Sí, «hace mucho tiempo que estos músculos y estos huesos podrían estar del lado de Megara, o de Beocia...», ⁶ expliqué a mis amigos afligidos. Sí, me resulta fácil aceptar vuestra ayuda y vuestra protección, sí, podría escapar. No preguntéis a mi cuerpo, les dije. Preguntad al pensamiento (*lógos*) que tengo de mí mismo. Interrogad al punto de vista (*sképsis*) que me obliga a rechazar la esquividad y la evasión. El conocimiento, que no he dejado de explorar, apunta a ese «yo» cuyas decisiones son dirigidas por opiniones tan engañosas como verídicas. Mi filosofía hurga en los discursos disimulados o explícitos, hipócritas o sinceros que habitan en cada uno de nosotros, en vosotros y en mí. Me obsesiono, te obsesiono, nos obsesiono con un ciudadano susceptible de «pensar, ver, comprender, obrar con astucia, amar, ingeniárselas, sospechar el mal, darse cuenta de todo», habría dicho Eurípides (nuestro último poeta trágico), revisado

y corregido por Aristófanes, que se mofó tanto de él como de mí.

En pleno declive, presentando la derrota de la capital de la ilustración, todavía algunos atenienses fuimos dignos de este nombre al negarnos a jugar a los gurús sanadores o sepultureros catastróficos. ¿Dónde se hallan los responsables? Están ahí, eres tú, soy yo, somos nosotros. No imputemos a un dios o a un antidiós (vosotros diríais al «sistema») el peso de nuestras gloriosas o deplorables historias. «Conócete a ti mismo»; en dos milenios, ¿habéis encontrado algo mejor? ¿Más fuerte que el cuestionamiento «socrático» de uno mismo? Los inquilinos del planeta se conocerán por identificar sus huellas en las dichas y las desdichas que les caen encima como venidas de ninguna parte.

Vuestros modernos expertos en cosas serias, no demasiado diferentes de los nuestros, objetarán que las ideas en la cabeza son menos importantes que las realidades de la economía, las constancias de la geografía o la intocable fijeza de las costumbres y los hábitos. ¡Hay que ver! Ante la primera borrasca, estas firmes convicciones muestran una molesta tendencia a deshilacharse; los funcionarios de la serenidad vacilan, se agarran en vano al cabrestante, les entra el pánico y caen al agua. ¿Qué ha fallado? Ha llegado el momento de ponerse en cuestión y de proceder al «socrático» examen de las convicciones últimas, que vosotros llamáis pomposamente «valores» y que con más distancia yo presento como nuestras grandes referencias (*ta megála*), antes de que Nietzsche las estigmatizara como «ficciones reguladoras». Entre los sedentarios mentales que consideran que viven y mueren en el país de sus persuasiones y los desarraigados espirituales que se atreven a marcharse a la aventura, el entendimiento es raramente cordial. Pero nada está nunca to-

talmente perdido. Sólo fui condenado por una escasa mayoría. No hay por qué desesperar, ¡largad amarras!

Las hipótesis sobre el «verdadero» Sócrates son moneda corriente, por lo tanto, no me resisto al placer de entregaros mi pequeña y última encarnación: soy una mujer, una muchacha en flor, una parca eternamente joven, «sobre mi tallo oscila el universo trémulo». ⁷ Mi *co-gito* así formulado desposa a la muerte que me espera y la que amenaza, no sólo a vosotros, Fulano y Mengano –todos los hombres son mortales–, sino al conjunto que formamos: la humanidad es mortal. He aquí una fragilidad ecuménica que todos nos obstinamos en negar prolongándonos, unos en una familia, otros en un colectivo inoxidable; ¿acaso no evocáis una «Francia eterna»? Lo siento por vosotros, lo precedero es nuestro lote común, un reto al que nadie escapa, tanto si afronta los riesgos como si los esquivo. Esperaba que mi proceso y mi muerte teatralizados os pusieran la mosca detrás de la oreja. Quizá fueron necesarias las funestas catástrofes del siglo xx para que pasara el mensaje. Quizá nunca pasará, no hay más que ver la energía que habéis desplegado para reconstituir de cualquier modo una identidad indivisible, garantía de nacimiento. Mi verdad es dura de tragar. Vuestro Valéry, demasiado académico, suaviza el rasgo y se esfuerza por disimular que su «joven parca» sigue siendo una Parca, semidiosa encargada de cortar el hilo de la vida. La joven criatura exquisita es atormentada por su hermana mayor, la Herodías mallarmeana que baila delante de una cabeza cortada por o para ella, la de Juan Bautista, su amor. No minimicéis la ejemplaridad de mi salida de escena, pues rememora que todos los hombres mueren, pero también que hieren; nuestras evasiones enmascaran menos el temor de palmarla que la angustia de matar.

Probablemente sólo he sido un triángulo de las Bermudas, no un individuo clasificable que se pueda prestar a funerales oficiales y resurrección mística. No soy más que el ojo de un ciclón occidental que desarraiga hasta a los habitantes de las antípodas. Aceptadme como un lugar de enfrentamiento. No vayáis a pillarme en *un* alma ni a encerrarme en *un* cuerpo; yo soy tres. Está el Sócrates de Aristófanes, funámbulo que se balancea entre suelo y techo o pelele nihilista que profesa que «nada malo existe»⁸ y mete fuego a su «pensadero», incendia la sociedad para arder a su vez. Está la estricta antítesis, el Sócrates de Jenofonte, pedagogo constructivo, respetuoso con las autoridades y autoridad respetuosa consigo misma. Está la tercera figura, mucho más decisiva, el Sócrates de Platón que huye de la necrópolis donde se afanan embalsamadores, admiradores y vituperadores en busca del cadáver que todavía no soy.

Bautizadme «primer filósofo» tanto como os plazca, pero no lo olvidéis, el escapado del mausoleo, no dios por una perra chica, sólo filosofa por falta de sabiduría. Si teméis decepcionaros, si soñáis con un filósofo *por excelencia*, más bien que *por defecto*, id a ver a Heidegger.